

La Historia de las Ideas Latinoamericanas frente a La problematización de la autoridad intelectual en la Crítica Cultural

The Latin American History of Ideas against
the Discussion About Intellectual Authority in Cultural Criticism

Marcos Olalla¹
CONICET – UNCuyo

Resumen: nos proponemos examinar el aporte de la filosofía de Arturo Andrés Roig al desarrollo de la historia de las ideas latinoamericanas e indagar las consecuencias de su impacto con la teorización de la autoridad del discurso literario producida en el campo de la crítica cultural de América Latina, especialmente en la década del ochenta del siglo XX.

Palabras clave: Historia de las ideas latinoamericanas, autoridad, intelectual, A. A. Roig, A. Rama, J. Ramos.

Abstract: we propose to examine here Arturo Andrés Roig's philosophy as an important contribution to the development of Latin American History of Ideas and, as well as to investigate the consequences of its approach to the discussion about the literary discourse authority coming from Latin American Cultural Criticism, especially that one from the XXth. century eighties.

Keywords: Latin American History of Ideas, authority, intellectual, A. A. Roig, A. Rama, J. Ramos.

¹ Doctor en Filosofía (Universidad Nacional de Cuyo), Investigador Asistente (INCIHUSA–CCT Mendoza–CONICET), Profesor Adjunto de “Introducción a la Filosofía” en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Cuyo. <marcosolalla@hotmail.com>

Filosofía e historia de las ideas latinoamericanas

La valiosa obra historiográfica de Arturo Andrés Roig (1922-2012) se inscribe claramente en el programa de la filosofía de la liberación latinoamericana. Por ello asume la tarea de historiar las ideas de América Latina como un quehacer emancipatorio, es decir, como discurso filosófico latinoamericanista. El filósofo mendocino se propuso dotar a este discurso de un anclaje histórico promoviendo el reconocimiento de las formas de objetivación desarrolladas en la historia continental que remiten al horizonte de conflictividad en el que se produce la efectiva emergencia de un sujeto. Un modo recurrente de articulación discursiva de aquella emergencia es desplegada por las narrativas identitarias.

En esta línea podemos señalar los intentos de A. Roig por reformular la filosofía y la historia de las ideas latinoamericanas² en dirección de una "ampliación metodológica" (Roig, A., 1993a, Cerutti Guldberg, H., 1986, Fernández Nadal, E., 2001, Arpini, A., 2003, Gabriele, A., s/f) que consiste, al par de la incorporación de herramientas provenientes de la teoría del discurso y la crítica de las ideologías, en la caracterización de la posible articulación de ambas disciplinas, escenario que conduce al pensador argentino a interrogar la cuestión del "modelo del filosofar" en la filosofía latinoamericana (Roig, A., 1993b).

Para Roig el "modelo" de la filosofía latinoamericana, discurso al interior del cual se propugna la señalada ampliación metodológica para una historia de las ideas latinoamericanas, se juega en el modo de resolver la relación "filosofía-cultura". En este caso se trata de imprimir un sentido histórico al análisis de los modos de objetivación del hombre en orden a la determinación de las mediaciones que expresan la función de objetivación. De tal modo, frente al modelo "analítico" de filosofar, caracterizado [en la dicotomía que Roig recupera de Alberdi] como una concepción idealista del saber en el que las ideas y su desarrollo se conciben como una manifestación atribuible a la lógica interna de los procesos ideológicos, se propone un modelo articulador, "sintético" en el lenguaje alberdiano, de la filosofía y la cultura, y con ello del carácter histórico y axiológico del discurso filosófico. No para postular en clave fenomenológica lo latinoamericano en términos de una filosofía de la cultura o de la historia, sino como una forma de caracterizar los modos históricos, plurales y atravesados de conflictividad, de reconocimiento del carácter productivo de la "sujetividad" (*Ibídem.* 156). Tal forma de reconocimiento, asumida como punto de partida metodológico, configura una problemática precisa al interior de cuyos

² Nos referimos aquí a la historia de las ideas filosóficas latinoamericanas desarrollada a partir de los aportes del español "transterrado" mexicano José Gaos y del uruguayo Arturo Ardao.

contornos se inscribe el análisis de las diversas “formas de identidad del sujeto americano” (Fernández Nadal, E. 2001: 180). La constitución de las señaladas formas remite su caracterización a registros que dan cuenta de las condiciones socio-históricas de producción de las mismas, así como también del sentido axiológico de toda forma de autorreconocimiento. En estas dos direcciones discurren los aportes de Roig a una metodología de la historia de las ideas latinoamericanas.

La especificidad que muestra, a juicio de Roig, la historia de las ideas latinoamericanas se halla vinculada al modo particular de confluencia de una tematización filosófica de las ideas latinoamericanas, en función de lo que no extraña una problematización de la identidad cultural concebida en términos críticos. Si un interés semejante anima la historiografía de las ideas latinoamericanas su especificidad es atribuible a una “consideración social de las ideas” (Roig, A., 1993a: 177), concepción presente en el movimiento filosófico historicista que a partir de 1940 impulsó el desarrollo de esta disciplina, ofreciendo las primeras “herramientas conceptuales y metodológicas con que se abordó y aún se aborda el estudio de las ideas hispanoamericanas” (Arpini, A., 2004: 17). El filósofo e historiador uruguayo A. Ardao es el principal referente de un análisis que tiene por objeto la tematización de las proyecciones del historicismo en la filosofía latinoamericana.

La concepción de la historicidad del espíritu determina el intento de reconocimiento de los rasgos originales de un discurso socialmente configurado (Ardao, A., 1963). Dicho intento, ya planteado por Alberdi en el siglo XIX, se encuentra presente en quienes, influidos por las obras de J. Ortega y Gasset y, sobre todo, por las de José Gaos, delinearon metodológicamente un tipo de historiografía construida sobre el supuesto de la “naturaleza social de las ideas” (Roig, A. 1993a: 177). Este primer paso metodológico en el intento de historiar las ideas latinoamericanas, subsidiario, a su vez, del hecho por el cual un discurso filosófico sobre la realidad latinoamericana excede el límite impuesto por la academia, da cuenta de la pertinencia de aquel intento concebido, aunque no exclusivamente, como una tarea filosófica. Esta impronta filosófica atribuible a la historiografía de las ideas latinoamericanas permite apreciar rasgos comunes al pensamiento filosófico que concibe a la historia de las ideas como el registro discursivo del desarrollo histórico, conformando un *corpus* de discursos cuya diversidad de matrices filosóficas [romanticismo, historicismo, neokantismo, filosofía analítica, marxismo, fenomenología, hermenéutica] no impide el reconocimiento de su condición de latinoamericano. Tal reconocimiento no consiste, sin embargo, en una determinación ontológica de aquella condición, sino en la particular apropiación de un pasado que

se revela como el conjunto de los intentos de afirmación de grupos que reivindicaron su carácter latinoamericano. El sentido práctico-político de tales discursos da cuenta de la articulación entre filosofía latinoamericana e historia de las ideas latinoamericanas:

De este modo, la filosofía latinoamericana se presenta como una herramienta de lucha en la que lo teórico no se queda en el mero plano de un juego de ideas, sino que es organizado en función de un programa de afirmación de determinados grupos humanos. Y cuando esa filosofía se aboca a su propia historiografía, mediante la historia de las ideas, ésta se plantea de modo expreso la necesidad de reconstruir las expresiones a nivel discursivo de un pasado agónico con sus afirmaciones y fracasos (*Ibídem*: 180).

La historia de las ideas es entonces el modo de historiar de la filosofía latinoamericana, al interior de la cual las ideas son tematizadas en términos de su función social. Así, la ineludible referencia a un sujeto social en dicho discurso, determina un sesgo "nacional" para sus producciones, que lejos de erigirse en un modo de universalización ideológica, identifica las condiciones históricas de producción de los discursos y con ello señala la necesidad permanente de revisión de las categorías con las que enuncia aquellas formas históricas de "sujetividad" por un lado, mientras que, por otro, asume la inherente "dinamicidad discursiva" atribuible a las expresiones simbólicas de la experiencia concreta de los sujetos sociales.

La dialécticidad de lo real excede una interpretación filosófico-sistemática y afirma una línea historiográfica atenta a la comprensión de la conflictividad social en función de la determinación de las "fisuras" de aquellos discursos que encubren, tras la mascarada del sistema, su justificación de un orden social determinado. No extraña, en tal sentido, la recurrencia de una actitud de denuncia en los discursos propios de la tradición latinoamericanista del filosofar.

Otra proyección inherente al carácter a-sistemático de la producción intelectual latinoamericanista está dada por el reconocimiento del lenguaje como mediación ineludible de toda representación. El problema de la mediación atraviesa en efecto los fenómenos sociales e ideológicos por lo que semejante reconocimiento abre las posibilidades de interpretación de la dimensión simbólica de aquellos fenómenos, así como también permite "enriquecer la comprensión de nuestra cultura" (Roig, A., 1993a: 183). Nuevamente aquí el hilo conductor de una reflexión de índole metodológica despliega un interés historiográfico que consiste en la historización de la relación entre un discurso y el sujeto que lo enuncia.

Para Roig la comprensión del carácter de mediación del lenguaje permite relativizar la pretensión de la hermenéutica tradicional, por la que el texto se

comprende como expresión de la autonomía de un sujeto, concebido como ajeno a un sistema de códigos que determinan la producción de su discurso; tanto como habilitar la vinculación entre la naturaleza idioléctica de los discursos y las diversas formas de la conciencia social.

Dicha vinculación se esgrime sobre el fondo de una concepción de los bienes simbólicos como “productos” en la que éstos son el resultado de “alguna forma de praxis social” (Ciriza, A., 1989: 88), por lo mismo que, en la medida en que la actividad teórica produce transformaciones a nivel simbólico [y es en este nivel donde se establecen las luchas ideológicas], se manifiesta el carácter práctico de los productos teóricos. Dos direcciones se bifurcan a partir de esta caracterización de los bienes simbólicos: por un lado, la determinación del tipo de relación existente entre la “práctica teórica” y el resto de las prácticas sociales y, por el otro, el reconocimiento de los rasgos específicos de los “procesos de semiotización y su legalidad” (*Ibidem*: 89). El desarrollo de ambos registros del análisis encuentra su sentido historiográfico en la capacidad de articularlos mediante la incorporación al campo de la historia de las ideas latinoamericanas de los aportes de la teoría del discurso por parte de A. Roig (1981, 1993a). Es decir, el reconocimiento de la mediación operada en el lenguaje por las prácticas sociales permite comprender a los productos culturales como manifestación de aquellas, sin que por ello sea reducida su especificidad, por el contrario, esta última debe comprenderse como el recurso por el cual tales productos refieren de modo explícito o elusivo a aquellas condiciones sociales de producción. Por tanto, un texto revela la conflictividad de la sociedad al interior de la cual éste es producido (Roig, A., 1984). El modo como dicho texto organiza axiológicamente los discursos que lo atraviesan constituye un registro político de lectura (Roig, A., 1981: 274 ss.; Arpini, A., 2003: 77; Fernández, E., 1989: 146) que da cuenta de los criterios de selección, es decir de inclusión-exclusión, con el que se construyen tales discursos.

Aceptar el texto como producto siempre ya dado permite olvidar su raigambre social. La instancia de la producción, en cambio, permite establecer con mayor precisión su vinculación con la realidad social, pues es en este momento cuando aparecen con mayor nitidez los supuestos desde los cuales se selecciona, las contradicciones del campo social que se manifiestan también en el campo semiótico, y que constituyen el supuesto de todo proceso de codificación. Apuntar al momento de la producción es reconocer el carácter de trabajo de la labor teórica, su significación social, y por lo tanto su dimensión histórica (Ciriza, A., 1989: 92).

La concepción del texto como “productividad” no sólo permite determinar su condición socio-histórica, sino también avanzar en la configuración del proceso

semiótico sin reducirlo a la trama de los efectos intradiscursivos. Por el contrario, de lo que se trata es de precisar las formas discursivas que expresan los modos de codificación de la conflictividad social presentes en el discurso, constituyendo así un registro formal de un fenómeno ideológico. La noción de "universo discursivo", acuñada por Roig, comprende el conjunto de los discursos tanto actuales como posibles de una sociedad en un momento determinado, y ofrece una referencia metodológica fundamental para reconstruir el contexto de la obra analizada. Así, la acción mediadora del lenguaje, da cuenta de la incorporación de la conflictividad social en el discurso, determinando el carácter dual del universo discursivo. "Todo discurso supone la existencia de un discurso contrario, organizado sobre una jerarquía valorativa distinta" (Fernández, E., 1989: 146). La función del autor, concebido el texto como "sistema de discursos" (*Ibidem*: 147), consiste en organizar desde su particular perspectiva tal sistema, por lo que, al mismo tiempo, referencia a aquellos discursos por él rechazados.

El concepto de texto como expresión de la conflictividad social permite distinguir funciones específicamente ideológicas del discurso. En esta dirección avanza Roig al promover una ampliación de las funciones discursivas caracterizadas por R. Jakobson. Su propuesta consiste en afirmar la existencia de las funciones de "apoyo" y de "historización-deshistorización" como recursos discursivos de naturaleza ideológica. La primera de tales funciones alude a la referencia de un mensaje a otro al que se le asigna un valor absoluto. La segunda constituye un dispositivo por el cual se justifica el discurso propio remitiéndolo a un código de verdades ajenas a la historicidad, mientras que se rechaza el discurso contrario refiriéndolo a la situación social e histórica concreta de su enunciación (Roig, A., 1984: 13).

La necesidad de organizar la compleja trama de discursos que pueblan un texto da cuenta de la eficacia que algunos conceptos poseen para ofrecer una selección determinada de aquéllos. Dichos conceptos se afianzan de modo histórico como agentes de una condensación de significados tal que se convierten en criterios estructurales de la organización discursiva. Estos significantes, llamados por Roig "categorías histórico-sociales" (Roig, A., 1985: 212 ss.), expresan en sentido discursivo una determinada orientación axiológica y configuran complejos categoriales dicotómicos (Fernández, E., 1989: 148), entre los que se destaca la dicotomía sarmientina "civilización-barbarie". La efectiva organización textual constituye una codificación determinada ajustada a supuestos históricos y sociales en la que la utilización de dichas categorías no inhibe la existencia de aquellos órdenes

del discurso cuya codificación resulta más débil. Los intersticios configurados por tal debilidad permiten reconstruir otras voces presentes en la producción del texto.

La perspectiva que intenta calar en el momento de la producción del texto permite, por una parte, advertir el carácter conflictivo del espacio discursivo y del espacio social, por la otra, el punto de vista ideológico desde el cual se ejerce el recorte. Ingresan así en el espectro de la lectura los discursos que de otro modo no entran en la circulación social de los discursos, el discurso del otro social, del enmudecido, que sin embargo funciona en el universo del discurso como hueco, como silencio, o como alusión. Esta propuesta de lectura se perfila como ejercicio de la crítica, que no es sólo crítica discursiva, sino crítica social (Ciriza, A. 1989: 101).

La introducción de un registro de lectura que incluye la determinación de las funciones ideológicas del discurso se esboza sobre el fondo de la consideración de la historicidad de la conflictividad social. El reconocimiento o negación de este fenómeno constituye el horizonte de interpretación de lo ideológico. El recurso para evaluar esta impronta ideológica de los discursos es la determinación de las estrategias simbólicas de encubrimiento del proceso social de su producción. Por tanto la estructura interna del discurso da cuenta de su condición de espacio de la lucha ideológica (Cfr. Bajtin, M., 1998).

El uso que el teórico ruso M. Bajtin hace de la noción de ideología, modula la ampliación metodológica que Roig propone para la historia de las ideas latinoamericanas. Para éste el carácter representativo del signo involucra criterios ideológicos de evaluación. Lo ideológico es una cualidad ineludible del orden simbólico por lo que la cultura debe concebirse, en función de su condición de articuladora de modos de objetivación y mediación de acuerdo a códigos, como ámbito privilegiado de expresión de la conflictividad material.

El carácter crítico que de este modo asume la historia de las ideas latinoamericanas no es sin más un ejercicio especulativo de desenmascaramiento de las funciones ideológicas del discurso, sino el reconocimiento de "formas espontáneas de decodificación" (Roig, A., 1993a: 186) que ponen en cuestión cualquier modo de universalización ideológica. En tal sentido la historicidad de la cultura en la filosofía latinoamericana y su historiografía excede la determinación del carácter socio-histórico de las producciones culturales y se dirige hacia el reconocimiento de los regímenes normativos que producen ciertas "formas de objetivación" presentes en sociedades concretas.

[N]o nos cabe duda que la historia de las ideas es la herramienta crítica que acompaña a la filosofía latinoamericana, la que alcanza plenamente su

criticidad precisamente desde su particular historiografía que le es consustancial (Roig, A., 1993a: 187).

La historización del discurso filosófico latinoamericano desde una historia de las ideas latinoamericanas permite reconocer la trama de discursos y prácticas sociales que hacen posible las formas efectivas de conciencia de un sujeto. El criterio para determinar la señalada articulación es la percepción de una pluralidad de horizontes desde los cuales se realiza la reconstrucción historiográfica. El sentido crítico asumido por la convicción de Roig acerca de la condición orgánica de la historia de las ideas respecto de la filosofía latinoamericana se nutre del esfuerzo por tematizar las formas emergentes de "sujetividad", tomando como hilo conductor el reconocimiento de su propia historicidad (Roig, A., 1981: 122 ss.), pero no en el modo de una "conciencia histórica" en sentido teórico expresada, sino como una forma cultural determinada de "ejercicio de la historicidad", es decir, como un dato fáctico promovido por cierto quiebre del orden ideológico en el que aquella "sujetividad" es reprimida (*Ibídem.* 123).

Si en principio aparece como una obviedad la afirmación del carácter plural de tales horizontes de análisis historiográfico, se vislumbran luego las connotaciones propias de su criticidad al avanzar en la determinación de aquellos discursos que, como expresión de las formas de emergencia subjetiva, ponen en cuestión la naturalización de un orden social determinado, registro además pasible de determinación en el propio discurso historiográfico.

Una dificultad que se vislumbra a partir de este esfuerzo programático está asociada a las limitaciones que ofrece un *corpus* letrado para reconocer los discursos que se presumen portadores de estas formas de emergencia, en cuyo caso el plano en el que se juega el componente emancipatorio de estos discursos es el de la nacionalidad. La dimensión de la politicidad específica del saber y sus dispositivos de violencia epistémica tienden a ser morigerados por el peso de una de las posibles articulaciones emancipatorias en desmedro de otras.

Así, el aporte para una historia de las ideas en el continente de ciertos desarrollos de la crítica cultural latinoamericana abiertos por la problematización de la cuestión de la "autoridad" del discurso letrado resulta fundamental y, lejos de inhabilitar su quehacer, impacta positivamente en la configuración de nuevas proyecciones. Un lugar muy destacado en esta dirección le cabe al estudio de Julio Ramos *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989), deudor, a su vez, de *La ciudad letrada* (1984) de Ángel Rama.

La obra de Rama constituye un hito fundamental en la crítica cultural latinoamericana, a pesar de su publicación como texto inconcluso en 1984, luego de

la temprana muerte del crítico uruguayo. En efecto, prefigura desarrollos que se consumirían algunos años después como "los estudios culturales y postcoloniales, espaciales y urbanísticos, la cultura popular, la dupla oralidad y escritura, los nuevos estudios sobre la colonia, y, particularmente, la historia de los intelectuales" (Colombi, B., 2006: 1). El aspecto de dicha obra que a nuestro juicio impacta sobre el despliegue de la historia de las ideas latinoamericanas promovida por Roig es el de la caracterización de la condición sistémica de la relación entre el poder y la letra. Sobre el fondo de esta relación Rama periodiza la historia intelectual latinoamericana mostrando sus modos de operación en términos de ciertas formas de espacialización, es decir, de ordenamiento y, por lo mismo, de control. La caracterización ramiana de los dispositivos con los cuales el grupo de letrados asumió históricamente una función "sacerdotal" (Rama, A., 1984: 25), que se configura a partir de las necesidades administrativas e ideológicas de la colonización, pero que se extiende más allá de sus límites, describe genealógicamente la vocación retórico-identitaria de los intelectuales latinoamericanos. Este vector que atraviesa con intensidad la historia intelectual de América Latina sería una expresión del poder de la "ciudad letrada" para mudar el foco de la política continental a la "ciudad signo" (Genovese, C., 2006), mediante un cierto "encubrimiento de la ciudad por parte de la élite letrada" (Spitta, S., 14).

Las prerrogativas del orden letrado, cristalizado en las figuras de la escritura y la ley, fueron impugnadas de modos diversos. No obstante, frente a la imposibilidad de operar por fuera del campo de la escritura de estas formas históricas del "discurso crítico", la libertad invocada resultaría siempre "absorbida por la escritura" (Rama, A., 1984: 60).

La muy sugestiva crítica ramiana de los mecanismos disciplinarios habilitados por el predominio del orden de los signos en la historia intelectual latinoamericana ha orientado el esfuerzo de deconstrucción de la historiografía de A. A. Roig por parte del filósofo colombiano Santiago Castro Gómez. Para el colombiano, en la historia de las ideas concebida por Roig se habría desarrollado una narrativa de la autoconciencia continental fundada en las representaciones letradas sobre América Latina. El saber se impone como el espacio donde la relación significante-significado se resuelve en términos de un cierto "primado de la representación" (Castro Gómez, S., 1997: 124).

El análisis de los tipos de reflexividad con los que opera un determinado discurso, habría sido habilitado por la crítica de Rama y permitiría ocuparse de las producciones culturales en su vinculación con los saberes humanísticos y al modo como éstos operan hegemónicamente. En este contexto la condición normativa de la

escritura se percibe estrechamente relacionada con la construcción de las nacionalidades latinoamericanas.

Con todo, Castro Gómez propone una ampliación de la noción de reflexividad hacia ámbitos no sólo cognitivos. La noción de reflexividad cognitiva aparece demasiado ligada al “paradigma cognitivo-instrumental”, no permitiendo detectar narrativas contrahegemónicas en el marco de la ciudad letrada. Así como esta última forma de reflexividad viene determinada por las demandas de la trama de los poderes, en cuyo seno los roles son formulados por expertos. La reflexividad que Castro Gómez llama “hermenéutica” da cuenta de la posibilidad, para ciertos discursos, de reconocer su exclusión del sistema representacional. “La escritura permite que algunos colectivos se observen ya no como parte del sistema, sino como excluidos por él” (*Ibidem*: 130). Esta condición posibilita el desarrollo de “políticas contrahegemónicas de representación”.

La discusión acerca de la viabilidad de una historia intelectual en clave emancipatoria cuando su objeto es el *corpus* letrado, ya había mostrado una de sus proyecciones más interesantes a fines de la década de 1980 y provenía de la crítica literaria latinoamericana. El crítico puertorriqueño Julio Ramos hacia 1989 pudo mostrar las tensiones inherentes a la relación entre la política y la literatura en las que el elemento contrahegemónico era incorporado al orden de la producción simbólica. La tematización de las formas de invocación de la autoridad del discurso intelectual y el reconocimiento de los “límites de la autonomía” del campo intelectual como estrategia de autorización letrada ofrecía un emplazamiento para avanzar en la línea de una investigación acerca de los modos de enunciación de aquel discurso. En la *Introducción* a la edición chilena de 2002 Nelly Richard afirmaba:

El autor muestra cómo, en América Latina, literatura y poder amarraron sus signos para fortalecer pactos de integración nacional y de subordinación estatal, y también cómo se fisuraron dichos pactos bajo los efectos de sublevamiento de los códigos que desataron ciertas prácticas culturales situadas en revoltosas franjas de alteridad y contradominancia. *Norma disciplinaria* (la razón, la gramática, el Estado, la política, la modernización) y *fuerza de heterogeneidad* (palabra otra, cuerpo disidente, subjetivación rebelde, relato impugnador, minoridad salvaje) se oponen constantemente una a otra en el discurso de la identidad y la representación cultural en América Latina (Richard, N., 2009: 34).

La clave de lectura en este enfoque crítico de la cultura latinoamericana pasa por la identificación de esta doble dimensión -normativa en un extremo y alternativa en el otro- al interior de cuyo corredor se despliegan múltiples desplazamientos discursivos.

Literatura, política y modernidad en América Latina

La conflictiva relación entre la literatura y la política hacia finales del siglo XIX latinoamericano es una de las expresiones que encarnan las contradicciones inherentes a lo que Julio Ramos denomina "desencuentros de la modernidad en América Latina" (Ramos, J., 1989). La reflexión de Ramos hace pie en la obra de Martí, puesto que en ella anida una de las reflexiones más originales y programáticas provenientes de la literatura latinoamericana sobre los vínculos entre la literatura y el poder en la modernidad. La especificidad de la interpretación martiana consiste en dar cuenta del conflicto así configurado, fruto de la virtual imposibilidad finisecular de ligar la autoridad de la escritura a la codificación del orden discursivo como orden jurídico en las gramáticas promovidas por letrados como Andrés Bello. Es la imposibilidad de institucionalizar tales códigos en una sociedad inestable lo que da cuenta, por una parte, del carácter disoluto del objeto codificable como valores, ahora sometidos a la fluctuación provocada por la modernización, y con ello, al socavamiento de la autoridad de la escritura, y por otra, de la necesidad de repensar el estatus de la literatura en un contexto orientado por la productividad.

La respuesta de la literatura a la crisis de autoridad, entre otras cosas mediante la proliferación de los prólogos, da cuenta de la necesidad de refundar la legitimidad de la producción literaria, expresando, en el horizonte de múltiples valoraciones [retardatarias o progresistas], la crisis del sistema cultural anterior y la búsqueda de relocalización de la enunciación específicamente literaria. Las condiciones que permiten la emergencia de la autonomización del campo literario resultan aseguradas.

Dicha emergencia opera como una solitaria expresión de la desarticulación del espacio público tradicional por parte de los procesos de modernización latinoamericanos, en el marco de los cuales el escritor se percibe, al menos en la metáfora martiana recuperada por Ramos, como "guerrero solitario". La "disolución de las dimensiones épicas, colectivas de la literatura" (Ramos, J., 1989: 9) explica el latinoamericanismo martiano como esfuerzo de "reterritorialización" de un discurso empeñado en no renunciar a su condición performativa, en cuyo registro la crítica de lo instituido funciona como nueva estrategia de legitimación para la producción literaria moderna en América Latina.

Por el reverso de la aparente condena al silencio a que parecía estar destinada la literatura, en el Prólogo³ adquiere espesor la voz [nada silenciosa] del que enuncia la crisis; voz que registra la especificidad de una mirada, de una autoridad literaria [cristalizada precisamente en el estilo] que no existía antes, digamos, de la "crisis". La literatura moderna se constituye y prolifera, paradójicamente, anunciando su muerte y denunciando la crisis de la modernidad (*Ibídem.* 10).

La voz, por tanto, adquiere aquí un carácter profético, como representación de los desajustes de la modernidad, sin que por ello se instituya una nueva codificación letrada, al contrario, el carácter provisional de sus redefiniciones encarna una forma de historicidad, asociada a su radical finitud, capaz de consumir formalmente la búsqueda de un nuevo *locus* que dé cuenta de la significatividad de la producción literaria. Su naturaleza crítica recoge la candidez de una mirada infantil, atenta a las contradicciones de las proclamas redentoras de una modernización plagada de contradicciones, en el seno de cuya "resistencia" la literatura se constituye como superación estética de la incertidumbre, al mismo tiempo que construye una novedosa autoridad conquistada al precio de su marginalidad (*Ibídem.* 11).

El "desmembramiento" de la esfera pública pone de manifiesto un rasgo característico de fines del siglo XIX en América Latina, como lo es la "división del trabajo intelectual". La profesionalización del quehacer literario se revela automáticamente como núcleo de su condición moderna, en el horizonte de la cual las esquivas localizaciones del discurso literario son resueltas:

[E]l concepto de la división del trabajo ha explicado la emergencia de la literatura moderna como efecto de la modernización social de la época, de la urbanización, de la incorporación de los mercados latinoamericanos a la economía mundial, y sobre todo, como consecuencia de un nuevo régimen de especialidades que le retiraba a los letrados la tradicional tarea de administrar los Estados y obligaba a los escritores a profesionalizarse (*Ibídem.*).

Un esquema de análisis semejante es capaz de dar cuenta de la especificidad de la moderna literatura latinoamericana, sólo en la medida en que funciona como un horizonte destinado a sustraerse de su realización, puesto que las condiciones institucionales de autonomización del campo literario resultan deficitarias. El carácter siempre parcial de la modernización en América Latina determina un espacio configurado por el intento de autonomización de dicho campo y su recurrente

³ Se trata del prólogo al Poema del Niágara del poeta venezolano Pérez Bonalde (Martí, J., 1975: 221-238).

imposibilidad, fenómeno al que Ramos llama "modernidad desigual". El análisis del crítico recoge formas de la producción literaria que, como la crónica, revelan la conflictividad de los discursos que la atraviesan, en el orden de lo cual la redefinición de la condición política de la literatura la instala como discurso que conjura los enigmas promovidos por las contradicciones modernas.

La estrategia letrada, sin recurrir por entonces a novedosos registros estéticos, había consistido en "someter la heterogeneidad americana al orden del discurso" (*Ibidem*: 13). No obstante ello, la creciente diferenciación finisecular de la literatura respecto de la esfera pública, lejos de consumir la despolitización de la misma, modifica el lugar de su enunciación y por lo mismo, cristaliza como crítica de los discursos dominantes. La conciencia del extremo abismal de ese movimiento, que va de la deconstrucción del "sistema tradicional de las letras" a una recomposición crítica de la politicidad del discurso literario, promueve el intento de experimentación formal como efecto estético y crítico de la "alienación del poeta en la modernidad". La tensión así configurada constituye, para Ramos, "una de las matrices de la literatura moderna latinoamericana" (*Ibidem*: 15) y explica la relevancia que las formas más híbridas de la producción literaria poseen para el análisis de un fenómeno que, como la modernidad, al mismo tiempo, es objeto de deseo y amenaza. Ya no se trata, al modo de la pretensión letrada, de sepultar la heterogeneidad, sino de interpretar en sentido orgánico la identidad latinoamericana:

En cierta medida, esa retórica latinoamericanista, que presupone una autoridad, un modo estético de "proteger" y seleccionar los materiales de "nuestra" identidad, posibilitó en Martí y muchos de sus contemporáneos una aparente resolución de la soledad del escritor que Martí ya presentía en el Prólogo. En el ensayismo la literatura comienza a autorizarse como un modo alternativo y privilegiado para hablar sobre la política. Opuesta a los saberes "técnicos" y a los lenguajes "importados" de la política oficial la literatura se postula como la única hermenéutica capaz de resolver los enigmas de la identidad latinoamericana (*Ibidem*: 16).

La literatura se legitima pues como crítica del proyecto modernizador a fuerza de afirmar una tradición que, paradójicamente, debe inventar. Si la heterogeneidad es aquello que el saber de los letrados viene a redimir, la conflictividad es el objeto de la literatura moderna en América Latina.

La autonomía no le viene al campo literario de su complejidad a trabajar con objetos ideales, sino en función de un lugar de enunciación ajeno al orden asignado por el Estado para las sociedades latinoamericanas. En efecto, la condición para la autonomización de los intelectuales es la crisis provocada por aquel orden de cosas

estatal, ahora legitimado por sus propios aparatos discursivos, entre los cuales no se encuentra la literatura, y en cuyo espacio, el escritor se autorrepresenta como subalterno. El carácter común que posee con el sufrimiento provocado por otras formas de marginalidad señala un curso de acción por el cual "el intelectual se repolitiza en la crítica de lo político" (*Ibídem*: 74). De este modo se refleja la tensión que señalamos precedentemente por cuanto la solidaridad con otros agentes de la subalternidad política produce un desplazamiento de lo estético [como lugar compensatorio] a la representación de lo marginal, de lo feo. Al mismo tiempo, la autoridad de tal representación se consume gracias a la especificidad de estilo, como rasgo de la "voluntad autonómica" del intelectual.

La lucha martiana se despliega en trincheras diversas, al interior del campo literario, como deconstrucción de la autoridad letrada y fuera de él, como representación crítica de su distancia respecto del campo político, pero reconociendo en ella a la fuente de su autoridad.

La profundidad de las tensiones inherentes al discurso literario martiano, tematizada por Ramos, permite reconocer la razón de su esquivada localización. La clave se encuentra en los desplazamientos de la autoridad literaria ahora atribuida a una autonomía cuya criticidad debe ser afirmada al precio de postular su disolución, si quiere evitar convertirse en reducto espiritual de la lógica capitalista de la modernización. Por ello, la crítica del cubano a la "tendencia de institucionalizar lo bello"

[p]resupone, para negarlo, el capital simbólico de la literatura; presupone el "interior" desde donde la escritura, a la vez que postula su distancia de la "vida", busca dejar en su propio espacio, marcas de lo otro, relativizando así la distancia y el poder de su autonomía, cancelando la exclusividad del "interior", del "ansia de belleza" que a la vez opera como campo de significación (Ramos, J., 1989: 75-76).

Si la autonomización del campo literario constituye la fuente de autoridad de la palabra literaria Martí está lejos del discurso "civil" de Sarmiento y su generación. Por el contrario, la vocación práctica del autor de *Nuestra América* es asumida hermenéuticamente como compensación de una fragmentación social en la que el discurso funciona como "referente borrado" de la acción.

La "modernización desigual" de América Latina delimita un espacio en el que la modernidad de las producciones culturales no puede ser sólo afirmada en orden a un requerimiento de la especialización de los sujetos de discurso, puesto que la "fragmentación del sistema comunicativo" provocó, en el caso del sujeto literario, su emergencia y al par, su marginación, imposibilitando con ello su efectiva

institucionalización. Si la heterogeneidad propia de tales producciones se interpreta como rasgo ajeno a la especialización y diferenciación de saberes autónomos, como lo quería Max Weber, el sujeto literario moderno latinoamericano se define, al contrario, por la misma. La paradoja aquí consiste en la apropiación crítica de la autonomía, como una forma emergente de autoridad del discurso literario, en pugna con otras de tales formas muchas veces reclamadas, como en el caso de Martí, por un mismo autor, en cuya obra las tensiones configuradas por las pulsiones estéticas y los "imperativos ético-políticos" se manifiestan en sentido crítico como narrativas contramodernas.

Consideraciones finales

El impacto de la problematización de las estrategias de autorización del discurso intelectual permite a la historia de las ideas latinoamericanas desarrollar claves de lectura novedosas capaces de incorporar un registro deconstructivo en el nivel de la "enunciación" de los discursos con los que trabaja, sin, por ello, abandonar su vocación emancipatoria. El reconocimiento de las formas de subjetividad emergentes que contribuyen al desarrollo de las narrativas de identidad latinoamericana no necesariamente debe ser vinculado a un programa historicista puesto que la constitución de tales formas es el resultado de una articulación política contingente en la que aquellos relatos se perciben como modos de acrecentamiento de lo articulado, como un recurso, entre otros, para la consolidación de la productividad política de una articulación contrahegemónica.

Bibliografía

- Ardao, Arturo. 1963. *Filosofía de la lengua española*. Montevideo: Alfa.
- Arpini, Adriana. 2003. *Otros discursos. Estudios de Historia de las ideas latinoamericanas*. Mendoza: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales Universidad Nacional de Cuyo.
- Bajtín, Mijail. 1998. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Castro Gómez, Santiago. 1997. "Los vecindarios de la ciudad letrada. Variaciones filosóficas sobre un tema de Ángel Rama", en Moraña, Mabel (ed.), *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.
- Cerutti Guldberg, Horacio. 1986. *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ciriza, Alejandra. 1989. "Cuestiones metodológicas. Los fenómenos de mediación en el discurso", en Rodríguez Lapuente, Manuel y Cerutti Guldberg, Horacio (comp.), *Arturo Andrés Roig filósofo e historiador de las ideas*. México: Universidad de Guadalajara.
- Colombi, Beatriz. 2006. "La gesta del letrado (sobre Ángel Rama y La ciudad letrada)", en *Orbis tertius*, Año XI, N° 12.

- Fernández Nadal, Estela. 2001. "Arturo Roig", en Jaliff de Bertranou, Clara, *Semillas en el tiempo. El latinoamericanismo filosófico contemporáneo*, Mendoza, Ediunc.
- Gabriele, Alejandra. s/f. "Entre construcciones teóricas y ampliaciones metodológicas. La Historia de las Ideas Latinoamericanas", en *Algarrobo-MEL*, N° 1.
- Genovese, Cristina. 2006. *La arquitectónica de las ideas en Ángel Rama*. Santiago: Universidad de Chile,
http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2006/genovese_c/html/index-frames.html.
- Martí, José. 1975. "Prólogo a Poemas del Niágara", en Martí, José, *Obras Completas*, Tomo 7. Editorial de Ciencias Sociales: La Habana.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. New Hampshire: Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio. 1989. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Richard, Nelly. 2009. "Introducción a la edición chilena", en Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Caracas: El perro y la rana.
- Roig, Arturo Andrés. 1981. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roig, Arturo Andrés. 1984. *Narrativa y cotidianidad: la obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano*. Quito: Quipus.
- Roig, Arturo Andrés. 1985. "Acotaciones para una simbólica latinoamericana", en *Prometeo*, Año 1, N° 2, Guadalajara.
- Roig, Arturo Andrés. 1993a. *Historia de las ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*. Bogotá: Universidad de Santo Tomás.
- Roig, Arturo Andrés. 1993b. *Rostro y filosofía de América Latina*, Mendoza, Ediunc.
- Spitta, Silvia. 2003. "Prefacio. Más allá de la ciudad letrada", en Muñoz, Boris y Silvia Spitta (eds.), *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.